

tona y grave de las pardas encinas. Es un paisaje que desase del pobre suelo, envolviéndonos en el cielo puro, desnudo, uniforme. Paisaje que no despierta sentimientos voluptuosos de alegría de vivir, ni sugiere sensaciones de comodidad y holgura concupiscibles.

Y ahí viven unos hombres recogidos en lugares, villas y ciudades, en grupos de apiñadas viviendas, distanciados de largo por extensas y peladas soledades. Caseríos compactos y recortados que no se van perdiendo en la llanura con casas aisladas; no hay matices de población intermedia, como si las viviendas se apretaran en derredor de la iglesia para prestarse calor y defenderse del rigor de la naturaleza, de la crueldad del clima y la tristeza del paisaje.

¿Y cómo son los hombres de estos lugares? Es una casta—aguda diferenciación de *Unamuno* entre raza como unidad biológica, animal y casta como unidad espiritual—de compleción seca, dura y sarmentosa, de hombres sobrios hechos a la inclemencia del tiempo y a la pobreza de la vida. Tenaces y lentos con largo tiempo de reacción; a sus ideas les falta el nimbo que las circunda y une como materia conjuntiva, el matiz en que se diluye la una, desvaneciéndose, antes de dejar lugar a la que le sigue. Cual si se sucedieran—dice—tan recortadas como las tintas del paisaje de su tierra, tan uniformes y monótonas en su proceso. A su rigidez seca, dura, recortada, le llaman naturalidad; apenas les cabe en la cabeza otra naturalidad que la bravía y tosca de un estado primitivo de rudeza. Generalizan sobre los hechos vistos en bruto, no sobre la síntesis que sigue a un análisis de los mismos. Ven los hechos recortados como las figuras en su campiña y han engendrado un realismo vulgar y tosco y un idealismo seco y formulario, que caminan juntos sin lograr nunca asociarse y fundirse, como D. Quijote y Sancho.

El espíritu de esta casta hubo un tiempo en que conmovió

